

Aspectos de la filosofía vital*

A veces, en las horas de reflexión, asalta al hombre el conocimiento de que su vida, tal como transcurre en su existencia cotidiana, con arreglo a costumbres convertidas en lo más natural de] mundo, ya no es vida en el sentido pleno y propio de la palabra, de que se va consumiendo dentro de actividades presurosas, que ha quedado entumecida dentro de formas vacías, que se ha convertido en algo hueco carente de sentido profundo, en una palabra: que la vida no es como debería ser.

De este descontento *con* un Dasein enajenado y vaciado de sentido se origina siempre de nuevo en el curso de la historia de las ideas, un movimiento de renovación que se abre paso con vehemencia elemental, que siempre postula una vida nueva, vigorosa y auténtica. Aquí se cuenta en Alemania, en el último tercio del s. XVIII, el movimiento del «Sturm und Drang» al que pertenecieron el joven Herder, Goethe y Jacobi. Y también la filosofía vital de finales del siglo XIX. Nietzsche fue su representante más ilustre, con la mayor esfera de influencia.

Junto a él tenemos a Dilthey que en relación con una fundamentación metódica de las *ciencias de] espíritu* desarrolló una filosofía vital histórica. Desde Francia, con su idea de un «elan vital», de una «fuerza motriz vital» que impulsa el «desarrollo creador», ejerció Bergson gran influjo también en Alemania. Este movimiento se refleja igualmente en la producción literaria de estos años. Rilke, Hesse, v. Hofmannsthal fueron influenciados decisivamente por él al menos en su juventud. Nuevamente irrumpe en el movimiento juvenil de los primeros años [51/52] del s. XX. Lo común a todos estos movimientos es la exigencia de una vida auténtica, intensa y original, planteándose esta con toda vehemencia.

Una mirada retrospectiva a estos movimientos que de modo típico aparecen siempre de nuevo en la historia, puede ayudarnos a comprender mejor a base de ellos, en forma objetivada, la problemática vital perteneciente a la esencia del hombre. «La vida» es el concepto fundamental que siempre se repite en estos movimientos. En esta palabra pronunciada siempre con énfasis se condensan todos los anhelos y nostalgias de la época. Frente a toda enajenación se cree abarcar con este concepto el auténtico y original Dasein. Por ello intentaremos estudiar más detenidamente el concepto tal como lo encontramos aquí.

La primera definición fundamental de la vida es que es algo en proceso de transformación (werden). La vida es movimiento en flujo continuo a diferencia de los seres rígidos y sólidos, y el hombre permanece con vida solo en tanto se entrega sin reservas a este proceso de transformación, al cambio permanente de formas y estructuras. Tan pronto como cree haber hallado la tranquilidad en forma permanente se paraliza. «Lo que se encierra dentro de lo persistente ya es algo rígido» podemos leer en Rilke. El hombre cumple con su cometido vital solo cuando en continuo movimiento se lanza por encima de todo estado logrado, sin permanecer en él. La conciencia de este continuo transformarse puede intensificarse hasta llegar a la embriaguez de consumirse a sí mismo. Así adquiere un significado simbólico la imagen de la llama. En este sentido reconoce Nietzsche; «Insaciable como la llama ardo y me consumo ... llama soy sin duda».

A este movimiento incontenible del «Werden» se une el ansia de intensificar la vida, de convertirla en algo más potente, vigoroso, consciente y gozoso de su propia fuerza. En cada vida se da juntamente el deseo de conseguir más vida. A diferencia de la razón sobria y distanciada, la vida se experimenta directamente en el sentimiento, y la vehemencia de este es

* Erschienen in: Universitas. Revista Alemana, Vol 17 (1979) 51-56. Die Seitenumbrüche dieser Ausgabe sind in [] in den fortlaufenden Text eingefügt.

la expresión de la intensidad de la vida. Cuando el sentimiento se convierte en pasión, es cuando más intensamente la vivimos. En el Werther de Goethe podemos leer: «El hombre es hombre, y el poco entendimiento que uno pueda tener, apenas si cuenta cuando se desenfrena la pasión y los límites de la humanidad te oprimen».

Este ansia de vida plena exige a la vez que la afirmemos en [52/53] todos sus aspectos, tanto luminosos como sombríos. No solo hay que decir sí a la alegría, sino también al dolor porque es en el donde precisamente experimentamos la intensidad de la vida.

También el peligro es sentido como climax vital y por ello lo admitimos de buen grado. Pero aquí amenaza la posibilidad de que se produzca un grave desarrollo equivocado, inherente a toda filosofía vital: tal es el caso cuando el peligro es sentido como el estímulo más sutil y no solamente lo aceptamos, sino que incluso lo buscamos por amor a él mismo. Nietzsche parece haber caído en esa tentación cuando escribe: «El secreto para cosechar los mayores frutos y el mayor placer en la existencia es: vivir en peligro. ¡Construid vuestras ciudades en el Vesuvio!». Con esta gradación tan exagerada, la filosofía vital corre el peligro de hundirse en un aventurismo irresponsable, algo que, particularmente si repercute en el terreno político, puede tener consecuencias catastróficas. Todos nosotros hemos hecho esta experiencia suficientemente dolorosa. Y, en este sentido, se abusó irreflexivamente de Nietzsche.

Climax vital significa no solo incremento cuantitativo sino también el engendramiento continuo de nuevas estructuras. La vida es esa potencia oscura, apremiante, que desde el fondo engendra continuamente nuevas formas. Un rasgo característico de la vida es su poder creador. La vida es, en la expresión ya citada de Bergson, «desarrollo creador». Si lo aplicamos al hombre, esto significa que él hallará su realización plena en la actividad creadora. También aquí podemos citar el testimonio de Nietzsche: «La única felicidad está en el crear». Así podemos leerlo, o en forma parecida, repetidamente en sus obras.

Al carácter creador de la vida responde lo insondable e inescrutable de la misma, algo que es experimentado por el hombre con estremecimiento enigmático. «Te mire en los ojos ¡oh vida! y me pareció hundirme en lo insondable», escribe Nietzsche en el Zarathustra. Este concepto de lo inescrutable tiene un doble significado. Por un lado, en sentido teórico-cognoscitivo, indica que el entendimiento con la basta red de sus conceptos jamás podrá abarcar la plenitud de la vida, que de ello es solo capaz el sentimiento irracional.

Aquí tiene su origen la acentuación, característica de toda filosofía vital, del sentimiento inmediato frente a la razón calculadora. Solo en el sentimiento «comprendemos» la vida. Pero de esta postura puede surgir también el peligro de un irracionalismo primitivo que desprecie los esfuerzos de la razón intelectual. Algunos de sus representantes fueron víctimas en mayor o menor grado de este peligro, pero ello no ha de llevar a un precipitado rechazo de la filosofía vital, cuya finalidad es precisamente estimular los esfuerzos por comprender intelectualmente la existencia, agotando todas las posibilidades, y conocer y admitir luego, en el límite de lo decible, lo indecible.

El concepto de lo inescrutable de la vida tiene además, como indicamos, otro significado más profundo. Designa la condición del ser de la vida misma. No solamente se trata de que nosotros nunca llegaremos a tocar el fundamento último de la vida, sino de que esta no tiene tal base, que, en su carácter sencillamente creador, es fuente, origen objetivamente incomprensible, del que emanan con inagotable abundancia siempre nuevas formas.

En este sentido, vida no significa meramente la vida individual de cada persona. Se trata de una vida que fluye a través del hombre y lo inunda, y que él encuentra igualmente también en su mundo exterior, en el animal, en la planta y en toda la naturaleza, una vida que es experimentada igualmente como vida y con la que él se siente por ello fraternalmente solidario. «Ser uno con todo lo que vive, regresar olvidándose felizmente de sí mismo al universo de la naturaleza, esta es la cumbre del pensamiento y la alegría». Estas palabras entusiastas de Hölderlin expresan a la vez el sentimiento vital panteísta, exaltado hasta el

extasis, que une más o menos explícitamente a todos los pensadores y literatos influenciados por la filosofía de la vida.

Pero dentro de todo el ímpetu revolucionario de una vida que quebranta toda forma sólida y n'ja, los partidarios de esta filosofía habrán de reconocer pronto que, a la larga, no se puede vivir del mero antagonismo frente a las formas que nos cohiben y limitan. La vida se disuelve en el caos si no logra engendrar, desde sí misma, nuevas formas propias. También la sobria razón, tan criticada, conserva una función necesaria. El camino de Goethe desde el «Sturm und Drang» de su juventud al período clásico de Weimar es un ejemplo convincente de la transición desde el desbordamiento revolucionario a una nueva conformación y estructuración. Pero tan pronto como se ha configurado una nueva estructura, esta es sentida nuevamente como limitación, y frente a ella se vuelve a alzar una ansia nueva de sentir la vida en su plenitud original.

De aquí resulta el problema general de la relación entre vida [54/55] sobre el profundo respecto a la vida. Es la demanda de «respetar toda voluntad de vivir con la misma consecuencia con que respetamos la nuestra».

La ética basada sobre este principio tiene una dirección doble. Por un lado prohíbe atentar contra la vida ajena o perjudicarla, incluyéndose aquí no sólo la humana, sino también la de animales y plantas. Toda la dimensión del concepto de vida se pone aquí de manifiesto. Pero debido a que en la dura realidad en que vivimos no siempre se puede evitar la destrucción o detrimento de la vida ajena puesto que a veces hemos de sacrificar vidas en provecho de otras como, por ejemplo, al segar cereales o matar animales para alimento del hombre— resulta de aquí un conflicto trágico. Schweitzer formula por ello el mandamiento ético de modo cautelosamente equilibrado, cuando prohíbe sacrificar más vidas de lo que es imprescindible necesario. Esto no es un salvoconducto para todo tipo de transgresiones sino que grava al hombre con una enorme responsabilidad; puesto que determinar donde se halla el límite de lo imprescindible necesario no se puede hacer de una vez por todas, teniendo que decidir escrupulosamente en cada caso concreto.

En todo caso, aun tratándose de una lesión inevitable de la vida ajena, siempre queda un sentimiento de culpa y el hombre habrá de intentar en la medida de lo posible amortizar esta deuda contraída con la vida.

Esto nos lleva al segundo aspecto que presenta una exigencia positiva. Es la demanda de ayuda activa que resulta de la compasión con los padecimientos de los demás hombres y, en general, con la creatura sufriente. Todos nosotros somos objeto de esta exigencia elemental de humanidad y hemos de tratar de cumplirla por todos los medios. Esto habrá de tener lugar primeramente, como es natural, en nuestro medio inmediato cuando el sufrimiento y la miseria nos salen al encuentro en toda su crudeza. Pero en la misma medida en que los modernos medios de comunicación nos permiten actualmente seguir la marcha de la humanidad en su conjunto, se amplía también el campo de nuestra responsabilidad.

[56/57]